

Leer

El pasado miércoles nevaba mientras caminábamos, un amigo y yo, por un bosque inflamado de olores de junio. Nos preocupaban las estadísticas sobre los hábitos de lectura en España. Nuestros discursos iban denunciando que aquí casi nadie lleva un libro en la mano; que la televisión nos colonizó antes de que esta sociedad hubiera accedido masivamente a los hábitos de lectura y que, por lo tanto, la caja mágica suministraba casi en exclusiva las dosis de estética que necesitan los españoles; que es triste que no se lea porque hay mundos, hay imágenes, hay sobrecogimientos, que sólo pueden ser experimentados ingiriendo palabras; que hay grandes tratados de ideas que sólo pueden sistematizarse en libros, y el ser humano debe conocer varios modelos de verdad para poder dudar, porque una vez que se empieza a dudar, se está en condiciones de comprender, y hasta de amar, al que piensa distinto; en definitiva: que una sociedad que no lee se simplifica, se vuelve miope, fácil, manejable y claustrofóbica. Lo pasamos en grande contemplando el imponente desfile de nuestro ejército de convicciones.

Comimos nuestros bocatas sentados en unas piedras de las que retiramos la nieve, y yo me dormí. Cuando desperté mi amigo no estaba. Se había hecho de noche y olía a selva muy caliente. Vi entonces a Yanavvalka, uno de los pensadores de los Upanishads, que se supone que había vivido en La India hacia el siglo VI antes de Cristo. Y dijo esto: “El mundo es maya, apariencia, un fenómeno psíquico que ocurre de forma tan artificial, tan imaginativa, como el más fantástico de los cuentos. Todo es producto de la mente. Todo es ilusión. Leer o no leer es lo mismo. Mirar la hierba es leer. Mirar un niño es leer. No mirar nada es leer en la oscuridad interior de nuestros párpados. La especie, la voluntad de vivir de la Naturaleza, quiere individuos dichosos para que sigan luchando por su supervivencia. La lectura, el teatro, la escultura, la arquitectura, la Belleza en general: todo son hechizos de la Estética del mundo para retenernos, para que no abandonemos nuestra vida individual. Yo no leo nada.”

Desperté. El bosque estaba inmovilizado por un silencio de color blanco. Mi amigo recordó que Marguerite Yourcenar había llamado a la nieve “espacio puro”, y yo volví a experimentar ese “no sé qué” al que sólo puedo acceder inyectándome la droga de la Literatura.